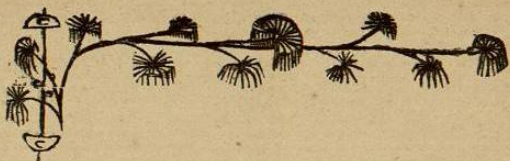


DE LA POESIA MÍSTICA



DE LA POESÍA MÍSTICA I

SEÑORES :

Si fué siempre favor altísimo y honra codiciada la de sentarse al lado vuestro ; si todos los que aquí vinieron tras larga vida de gloria para sí propios y para las letras, encontraron pequeños sus méritos en parangón con el lauro que los galardonaba, y agotaron en tal ocasión las frases de obsequio y agradecimiento, ¿qué he de decir yo, que vengo á aprender donde ellos vinieron á enseñar, y que en los umbrales de la juventud, cubierto todavía con el polvo de las aulas, no traigo en mi abono, como trajeron ellos, ni ruidosos triunfos de la tribuna ó del teatro, ni largos trabajos filológicos,

¹ Discurso de entrada en la Real Academia Española (1881).

de los que apuran y acendran el tesoro de la lengua patria? Pero no temáis, Señores, que ni un momento me olvide de quién sois vosotros y quién soy yo ; y si de mis discípulos nunca me tuve por maestro, sino por compañero, ¿qué he de juzgarme en esta Academia, sino malo y desaprovechado estudiante?

Y aumenta mi confusión el recuerdo del varón ilustre que la suerte, y vuestros votos, me han dado por predecesor. Poco le conocí y traté (y eso que era consuelo y refugio de todo principiante); pero, ¿cómo olvidarle, cuando una vez se le veía? Enamoraba aquella mansedumbre de su ánimo, aquella ingénita modestia, y aquella sencillez y candor como de niño, que servían de noble y discreto velo á las perfecciones de su ingenio. Nadie tan amigo de ocultar su gloria y de ocultarse. Difícil era que ojos poco atentos descubriesen en él al gran poeta.

Y eso era antes que todo y sobre todo, aunque el vulgo literario dió en tenerle por erudito, bibliotecario é investigador, más bien que por vate inspirado. Otros gustos, otra manera de ver y de respetar los textos, una escuela crítica más perfecta y cuidadosa, han de mejorar (no hay duda en ello) sus ediciones, hoy tan estimables, de Lope, Tirso, Alarcón y Calderón : libre

será cada cual de admitir ó rechazar sus ingeniosas enmiendas al *Quijote* ; pero sobre los aciertos ó los caprichos del editor se alzarán siempre, radiante é indiscutida, la gloria del poeta. Gloria que no está ligada á una escuela ni á un período literario, porque Hartzenbusch sólo en los accesorios es dramático de escuela, y en la esencia dramático de pasión y de sentimiento. Por eso queda en pie, entre las ruinas del Romanticismo, la enamorada pareja aragonesa, gloriosa hermana de la de Verona, y resuena en nuestros oídos, tan poderoso y vibrante como le sintieron en su alma los espectadores de 1836, aquel grito, entre sacrílego y sublime, del amador de Isabel de Segura:

—«En presencia de Dios formado ha sido.

—Con mi presencia queda destruído.»

Y al lado de *Los Amantes de Teruel* vivirán, aunque con menos lozana juventud y vida, *Doña Mencía*, *Alfonso el Casto*, *Un sí y un no*, *Vida por honra* y *La ley de raza*. Podrá negarse á sus dramas históricos, como á casi todos los que en España hemos visto, color local y penetración del espíritu de los tiempos, ni era esta la intención del autor; pero, ¿cómo negarles lo que da fuerza y eternidad á una obra dramática, lo que enamora á los doctos y enciende el alma de las

muchedumbres congregadas: la expresión verdadera y profunda de los afectos humanos?

La vena dramática era en Hartzenbusch tan poderosa, que llegaba á ser exclusiva. Su personalidad, tímida y modesta, se esfuma y desvanece entre las arrogantes figuras de sus personajes. Por eso no brilló en la poesía lírica sino cuando dió voz y forma castellanas al pensamiento de Schiller en el maravilloso *Canto de la Campana*, el más religioso, el más humano y el más lírico de todos los cantos alemanes.

Reservado queda á los futuros biógrafos de D. Juan Eugenio Hartzenbusch hacer minucioso recuento de todas las joyas de su tesoro literario, sin olvidar, ni sus delicadísimas narraciones cortas, entre todas las cuales brilla el peregrino y fantástico cuento de *La hermosa por castigo*, superior á los mejores de Andersen; ni sus apólogos, más profundos de intención y más poéticos de estilo que los de ningún otro fabulista nuestro; ni los numerosos materiales que en prólogos y disertaciones dejó acopiados para la historia de nuestro teatro. Yo nada más diré: hay nombres que abruman al sucesor, y esto, que en boca de otros pudo parecer retórica modestia, es en mí sencilla muestra de admiración ante una vida tan gloriosa y tan llena, y á la vez tan

mansa y apacible, verdadera vida de hombre de letras y de varón prudente, hijo de sus obras y señor de sí, exento de ambición y de torpe envidia, ni ávido ni despreciador del popular aplauso.

¿Cómo responder, Señores, ni aun de lejos, á lo que exigen de mí tan gran recuerdo y ocasión tan solemne? Por eso busqué asunto que, con su excelencia, y con ser simpático á toda alma cristiana y española, encubriese los bajos quilates de mi estilo y doctrina, y me fijé en aquel género de poesía castellana por el cual nuestra lengua mereció ser llamada lengua de ángeles. Permitidme, pues, que por breve rato os hable de la *poesía mística en España*, de sus caracteres y vicisitudes, y de sus principales autores.

Poesía *mística* he dicho, para distinguirla de los varios géneros de poesía sagrada, devota, ascética y moral, con que en el uso vulgar se la confunde, pero que en este santuario del habla castellana justo es deslindar cuidadosamente. Poesía *mística* no es sinónimo de poesía cristiana: abarca más y abarca menos. Poeta *místico* es Ben-Gabirol, y con todo eso, no es poeta cristiano. Rey de los poetas cristianos es Prudencio, y no hay en él sombra de misticismo. Porque para llegar á la inspiración *mística*, no basta ser cristiano ni devoto, ni gran teólogo ni santo, sino

que se requiere un estado psicológico especial, una efervescencia de la voluntad y del pensamiento, una contemplación ahincada y honda de las cosas divinas, y una metafísica ó filosofía primera, que va por camino diverso, aunque no contrario, al de la teología dogmática. El místico, si es ortodoxo, acepta esta teología, la da como supuesto y base de todas sus especulaciones, pero llega más adelante : aspira á *la posesión de Dios por unión de amor*, y procede como si Dios y el alma estuviesen solos en el mundo. Este es el *misticismo* como estado del alma, y su virtud es tan poderosa y fecunda, que de él nacen una teología mística y una ontología mística, en que el espíritu, iluminado por la llama del amor, columbra perfecciones y atributos del Sér, á que el seco razonamiento no llega ; y una psicología mística, que descubre y persigue hasta las últimas raíces del amor propio y de los afectos humanos, y una poesía mística, que no es más que la traducción en forma de arte de todas estas teologías y filosofías, animadas por el sentimiento personal y vivo del poeta que canta sus espirituales amores.

Sólo en el Cristianismo vive perfecta y pura esta poesía ; pero cabe, más ó menos enturbiada, en toda creencia que afirme y reconozca la per-

sonalidad humana y la personalidad divina, y aun en aquellas religiones donde lo divino ahoga y absorbe á lo humano, pero no en silenciosa unidad, sino á modo de evolución y desarrollo de la infinita esencia en fecunda é inagotable realidad. Por eso no es fruto, ni del deísmo vago, ni del fragmentario y antropomórfico politeísmo. Por eso los griegos no alcanzaron ni sombra ni vislumbre de ella. Donde los hombres valen más que los dioses, ¿quién ha de aspirar á la unión extática, ni abismarse en las dulzuras de la contemplación? La excelencia del arte heleno consistió en ver donde quiera la forma, esto es, el límite ; y la excelencia de la poesía mística consiste en darnos un vago sabor de lo infinito, aun cuando lo envuelve en formas y alegorías terrestres.

El panteísmo idealista y dialéctico es asimismo incompatible con la poesía, por seco, árido y enojoso ; pero no el panteísmo naturalista y emanatista, aunque encierra un virus capaz de matar en germen toda inspiración lírica, so pena de grave inconsecuencia en el poeta. Si la poesía lírica es, por su naturaleza, íntima, personal, *subjetiva*, como en la jerga de las escuelas se dice, ¿dónde queda la individualidad del que se reconoce parte de la infinita esencia ; dónde ese eter-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año 1925 MONTERREY, MEXICO

no drama que en la conciencia cristiana nace de la comparación entre la propia flaqueza y miseria y los abismos de la sabiduría y poder de Dios; dónde el triunfal desenlace traído por la afirmación categórica del libre albedrío en el hombre, y de la bondad inagotable de un Dios que se hizo carne por los pecados del mundo? Fuera del Cristo humanado, lazo entre el cielo y la tierra, ¿qué arte, qué poesía sagrada habrá, que no sea monstruosa como la de la India, ó solitaria é infecunda como la de los hebreos de la Edad Media?

Esta poesía, aun la imperfecta y heterodoxa, ora tenga por intérpretes *yoguis* indostánicos, gnósticos de Alejandría, rabinos judíos ó ascetas cristianos, no es ni ha podido ser en ningún siglo género universal y de moda, sino propio y exclusivo de algunas almas selectas, desasidas de las cosas terrenas, y muy adelantadas en los caminos de la espiritualidad. Se la ha falsificado, porque todo puede falsificarse; pero, ¡cuán fría y pálida cosa son las imitaciones hechas sin fe ni amor! De mí sé deciros, que cuando leo ciertas poesías modernas, con pretensión de místicas, me indigna más la falsa devoción del autor, que la abierta incredulidad de otros, y echo de menos, no ya las desoladas tristezas de Leopardi, menos amargas por el purísimo cendal griego

que las cubre, sino hasta los gritos de satánica rebelión contra el cielo que lanzaba, con rudeza sajona, el autor de *La Reina Mab* y del *Prometeo desatado*.

Pero, dejando á un lado tales impotentes remedos, á cualquiera se le alcanza que tampoco bastan la mera devoción y el bien intencionado fervor cristianos para producir maravillas de poesía mística, sino que el intérprete ó creador de tal poesía ha de ser encumbrado filósofo y teólogo, ó á lo menos teósofo, y hombre que posea y haya convertido en sustancia propia todo un sistema sobre las relaciones entre el Creador y la criatura. Por eso no dudo en afirmar que, además de ser rarísima flor la de tal poesía, no brota en ninguna literatura por su propia y espontánea virtud, sino después de larga elaboración intelectual, y de muchas teorías y sistemas, y de mucha ciencia y libros en prosa, como se verá claro por el contexto de este discurso. Y no se crea que confundo los aledaños de la ciencia y del arte, ni que soy partidario de lo que llaman hoy arte docente, sino que creo y afirmo que los conceptos que sirven de materia á la poesía mística son de tan alta naturaleza, y tan sintéticos y comprensivos, que, en llegando á columbrarlos, entendimiento y fantasía, y

voluntad y arte y ciencia se confunde y hacen una cosa misma, y el entendimiento da alas á la voluntad, y la voluntad enciende con su calor á la fantasía, y es llama de amor viva en el arte lo que es serena contemplación en la teología. Si separamos cosas inseparables, en vez de las odas de San Juan de la Cruz, tan gran teólogo como poeta, nos quedará el vacío y femenil sentimentalismo de los versos religiosos que ahora se componen. No creamos que la ciencia es obstáculo para nada; no creamos, sobre todo, que la ciencia de Dios traba la mano del que ha de ensalzar con la lengua del ritmo las divinas excelencias.

Y dados tales precedentes, á nadie asombrará que tarde tanto en asomar la poesía mística en la Iglesia latina, y que, aun entre los griegos, no tenga más antigüedad que el siglo iv, ni más intérprete digno de la historia que el neo-platónico Sinesio, discípulo de Hipatia, amamantado con todas las enseñanzas paganas, gnósticas y cristianas de Alejandría; discípulo de los griegos por la forma; hasta el punto de invocar con amor el coro de las vírgenes lesbianas y la voz del anciano de Teos; discípulo de Platón en la teoría de las ideas y de la preexistencia de las almas; pero tan poco discípulo de ellos en lo sus-

tancial é íntimo, que al mismo autor del *Fedro* y del *Simposio* le hubieran sonado á música extraña y desconocida aquellos vagos anhelos de tornar á la fuente de la vida, de romper las ataduras terrenales, de saciar la sed de ciencia en las eternas fuentes de lo absoluto, y de *ser Dios juntamente con Dios*, no por absorción, sino por abrazo místico. ¿Cómo habían de encajar tales ideas en la concepción plácida y serena de la vida, ley armoniosa del arte antiguo? Por eso las efusiones de Sinesio abren un arte y un modo de sentir nuevos. La melancolía cristiana, el corazón inquieto hasta que descansa en el Señor, encontraron la primera expresión (y ciertamente una de las más bellas) en sus odas; y es, por ende, el Obispo de Tolemaida poeta más moderno en el sentir y en el imaginar que el mismo San Gregorio Nazianceno. Cerca del nombre de Sinesio debemos poner el del sirio San Efrem, que con himnos católicos mató en las gentes de su país la semilla herética derramada en sus versos por el gnóstico Harmonio, aunque hoy el misticismo de San Efrem vive para nosotros en sus homilías y oraciones en prosa, ricas de color con riqueza y prodigalidad orientales, más bien que en sus himnos, perdidos todos á excepción de los pocos que se incorporaron en la liturgia si-

ria, y que son, por la mayor parte, cantos fúnebres ó ascéticos.

Nada semejante en la Iglesia latina. Su gran poeta es un español, un celtíbero, Aurelio Prudencio, el cantor del Cristianismo heroico y militante, de los ecúleos y de los garfios, de la Iglesia perseguida en las catacumbas ó triunfadora en el Capitolio. Lírico al modo de David, de Píndaro ó de Tirteo, y aún más universal que ellos, en cuanto sirve de eco, no á una raza, siquiera sea tan ilustre como la raza doria, ni á un pueblo, siquiera sea el pueblo escogido, sino á la gran comunidad cristiana, que había de entonar sus himnos bajo las bóvedas de la primitiva basílica. Rey y maestro en la descripción de todo lo horrible, nadie se ha empapado como él en la bendita eficacia de la sangre esparcida y de los miembros destrozados. Si hay poesía que levante y temple y vigorice el alma, y la disponga para el martirio, es aquélla. Los corceles que arrastran á San Hipólito, el lecho de ascuas de San Lorenzo, el desgarrado pecho de Santa Engracia, las llamas que lamen y envuelven el cuerpo y los cabellos de la emeritense Eulalia, mientras su espíritu huye á los cielos en forma de cándida paloma; los agudos guijarros que, al contacto de las carnes de San Vicente, se true-

can en fragantes rosas; el ensangrentado circo de Tarragona, adonde descienden, como gladiadores de Cristo, San Fructuoso y sus dos discípulos; la nivea estola con que en Zaragoza sube al empíreo la mitrada estirpe de los Valerios... eso canta Prudencio, y por eso es grande. No le pidamos ternuras ni misticismos; si algún rasgo elegante y gracioso se le ocurre, siempre irá mezclado con imágenes de martirio: serán los Santos Inocentes jugando con las palmas y coronas ante el ara de Cristo, ó tronchados por el torbellino como rosas en su nacer.

En vano quiere Prudencio ser fiel á la escuela antigua, á lo menos en el estilo y en los metros; porque la hirviente lava de su poesía naturalista, bárbara, *hematolatra* y sublime, se desborda del cauce horaciano. Para él la vida es campo de pelea, certamen y corona de atletas, y el granizo de la persecución es semilla de mártires, y los nombres que aquí se escriben con sangre, los escribe Cristo con áureas letras en el cielo, y los leerán los ángeles en el día tremendo, cuando vengan todas las ciudades del orbe á presentar al Señor, en canastillos de oro, cual prenda de alianza, los huesos y las cenizas de sus Santos.

Quédese para otro hacer la gloriosísima his-

toria de la poesía eclesiástica, desde sus orígenes hasta el nacimiento de las lenguas vulgares. Esta poesía, erudita por sus autores, popular porque el pueblo latino la cantaba juntamente con el clero, es impersonal, y, por tanto, no es mística, ni expresión de un alma solitaria y contemplativa. El poeta no habla en nombre propio, sino de la multitud reunida en el templo. Sólo cuando el autor ha sido un Padre de la Iglesia como San Ambrosio, ó un Pontífice instaurador ó reformador del canto eclesiástico como nuestro San Dámaso y San Gregorio el Magno, ó un retórico famoso como Venancio Fortunato, consta su nombre; y aun en estos casos el alma del poeta anda tan velada, que bien puede retarse al más sutil analizador de estilos á que descubra una sola fibra de ella en el *Vexilla regis prodeunt*, en el *Jam lucis orto sidere*, ó en el *Lustra sex qui jam peregit*. ¿Qué más? Anónimas son hasta la fecha la mayor oda y la mayor elegía del Cristianismo: el *Dies irae* y el *Stabat Mater*; y ni en uno ni en otro creemos escuchar la voz aislada de un poeta, por grande que él sea, sino que en los versos bárbaros del primero viven y palpitan todos los terrores de la Edad Media, agitada por las visiones del milenario, y en el segundo todas las dulzuras y

regalos que pudo inspirar, no á un hombre, no á una generación, sino á edades enteras, la devoción de la Madre del Verbo.

He dicho, y la historia lo confirma, que á todo poeta místico precede siempre una escuela filosófica. Obsérvase esto aun en el misticismo heterodoxo. Si conociéramos de otra manera que por fragmentos las obras de los gnósticos de Siria y de Egipto, aún sería más palpable la demostración; pero bástanos el texto de la *Pistis Sophia* ó *Sabiduría fiel*, y el de algunos evangelios apócrifos, y lo que de Valentino y de Bardesanes nos dejaron escrito sus impugnadores, para deducir que los himnos, alegorías y novelas de aquellos sectarios no eran más que una traducción en forma popular de sus respectivos sistemas emanatistas ó dualistas. Así expusieron la eterna generación de los *eones* en el seno del *Pleroma*, el destierro y las peregrinaciones de *Sophia*, último anillo de la *dodecada*, y su redención final por el Cristo; así difundieron el desprecio á la materia, que llamaban una *mancha en la vestidura de Dios*.

De esta poesía herética tenemos una muestra en España: el himno de Argirio, conservado, aunque sólo en parte, por San Agustín en su carta á Cerecio (Epíst. CCXXXVII de la edición

de San Mauro)¹. Le usaban los Priscilianistas g allegos, única rama gnóstica que se arraigó en Occidente, y dábanle oculto y misterioso sentido, suponiéndole recitado en secreto por el Salvador á los Apóstoles. Hablaba en él la infinita y única sustancia : en la primera parte de cada versículo, como naturaleza divina; en la segunda, como naturaleza humana. Y decían de esta manera, imitando el paralelismo hebreo:

I.—Quiero desatar y quiero ser desatada (esto es, de los lazos corpóreos).

II.—Quiero salvar y quiero ser salvada.

III.—Quiero engendrar y quiero ser engendrada.

IV.—Quiero cantar : saltad todos.

V.—Quiero llorar: golpead todos vuestro pecho.

VI.—Quiero adornar, y quiero ser adornada.

VII.—Soy lámpara para ti que me ves.

VIII.—Soy puerta para ti que me golpeas.

IX.—Tú que ves lo que hago, calla mis obras.

¹ I.—*Solvere volo et solvi volo.*

II.—*Salvare volo et salvari volo.*

III.—*Generari volo....*

IV.—*Cantare volo : saltate cuncti.*

V.—*Plangere volo : tundite vos omnes.*

VI.—*Ornare volo et ornari volo.*

VII.—*Lucerna sum tibi, ille qui me videt.*

VIII.—*Jamua sum tibi, quicumque me pulsas.*

IX.—*Qui videt quod ago, tace opera mea.*

X.—*Verbo illusi cuncta, et non sum illusum in tolunt.*

X.—Con la palabra engañé á todas las cosas, y no fui engañada del todo.

Aún nos queda que hacer largo camino, camino de siglos, antes de tropezar con la mística ortodoxa. La inspiración que vamos buscando se refugió en los primeros siglos de la Edad Media en el alma de los judíos, y aun entre ellos no la atesoró en el mayor grado el más ilustre de sus poetas, el que logró autoridad casi canónica en las Sinagogas, el que compuso *la famosa lamentación que será cantada en todas las tiendas de Israel esparcidas por el mundo, el aniversario de la destrucción de Jerusalén*, el Abul-Hassán de los árabes, el castellano Judá-Leví, aquel de quien, entre burlas y veras, dijo Enrique Heine que «tuvo una alma más profunda que los abismos de la mar.» Con ser Judá-Leví el lírico más notable de cuantos florecieron desde Prudencio hasta Dante, no es poeta místico en todo el rigor del término, precisamente por ser poeta bíblico y sacerdotal en grado sumo.

Más independiente, más personal, y hasta soñador y melancólico á la moderna, es Salomón-ben-Gabirol, el Avicibrón de los cristianos, autor de la *Fuente de la Vida*. Su poesía no es más que una forma de su filosofía; y su filosofía, la más audaz que ha brotado dentro de la Sinagoga.

ga, es un emanatismo alejandrino con reminiscencias gnósticas, y toques y vislumbres de otras metafísicas por venir, expuesto todo ello con método y terminología aristotélicos, y esforzándose el autor, con más candidez que dichoso resultado, en concertar sus enseñanzas, á toda luz panteísticas, con la personalidad divina y con el dogma de la Creación. Así proclama la unidad de materia, como si dijéramos, la unidad de sustancia, y sólo en la *forma* ve el principio de distinción de los seres; pero excluye á Dios de la composición de *materia y forma*, afirmando en otra parte que *forma y materia* emanaron de la libre voluntad divina. La contradicción dialéctica es evidente, pero no amengua la gloria del poeta. Si tan pobre filosofía como el atomismo de Leucipo, hermanado con la moral de Epicuro, bastó á inspirar la nerviosa y espléndida poesía de Lucrecio, ¿cómo no había de levantarse Gabirol sobre todas las antinomias de su *Makor Hayim*, él, que era poeta hasta en prosa, y sabía interpretar simbólicamente la naturaleza, como buen teósofo, y *recordar* el verdadero sentido oculto bajo los caracteres y las formas sensibles, que son como letras que declaran el primer y sabiduría de su autor? La más extensa de sus composiciones, la *Corona Real (Keter Mal*

kuth), encierra trozos de soberana y eterna belleza, porque son de noble poesía espiritualista, independiente de las especulaciones del autor. Esta obra, que tiene más de ochocientos versos, participa de lo lírico y de lo didáctico, de himno y de poema *περι φυσικῶς*, donde la ciencia del poeta y su arranque místico se dan la mano. Permitidme, no que extracte, sino que traduzca algún breve trozo: «Eres Dios (exclama el poeta), y todas las criaturas te sirven y adoran.... Tu gloria no se disminuye ni se acrecienta porque adoren en Ti lo que Tú no eres, porque el fin de todos es llegar á Ti. Pero van como ciegos, pierden el camino y ruedan al abismo de la destrucción, ó se fatigan en vano sin lograr el fin apetecido. Eres Dios, y sostienes y *esencias* á todas las criaturas con tu divinidad, y nadie puede distinguir en Ti la unidad, la eternidad y la existencia, porque todo es un misterio único, y con nombres distintos todo tiene un solo sentido. Eres sabio, y la sabiduría es la fuente de la vida que brota de Ti. Eres sabio, y la sabiduría fué desde la eternidad tu retoño querido. Eres sabio, y de tu sabiduría emanó tu voluntad de artífice para sacar el ser de la nada. Y á la manera que la luz se difunde en infinitos rayos por todo lo creado, así manan eternamente las aguas

de la fuente de la vida, sin que su caudal se agote, sin que Tú necesites instrumento para tus obras.»

¿Y cómo no admirar al poeta en la descripción de las esferas celestes, hasta que penetra en la décima, en la *esfera del entendimiento*, que es el cercado palacio del Rey, el Tabernáculo del Eterno, la tienda misteriosa de su gloria, labrada con la plata de la verdad, revestida con el oro de la inteligencia y asentada en las columnas de la justicia? Más allá de esa tienda sólo queda el *misterio*, el *principio de toda cosa*, ante el cual se humilla el poeta, satisfecho y triunfante por haber abarcado con su mano todas la existencias corpóreas y espirituales, que van pasando por su espíritu como por el mar las naves.

Quien vivía entregado á tan altas contemplaciones, ¿cómo había de mirar el mundo, sino como cárcel y destierro? «Alma noble y real (dice en una de sus composiciones breves), ¿por qué tiembas como una paloma? Esta vida es un arco tendido y amenazador. El tiempo corto, el fin incierto. Vuelve, vuelve á tu nido: cumple la voluntad de Dios, y sus ángeles te guiarán al jardín celeste '.)»

¹ Hay una excelente traducción alemana de las poesías de Avicbrón, hecha por Geiger, rabino de Breslau: *Salomo Ge-*

La filosofía alejandrina hizo místicos á los judíos, y algunos chispazos de este misticismo llegaron á los árabes, con ser la más refractaria de todas las razas á la especulación intelectual y á la meditación de las cosas divinas. Ni un solo verso místico conozco en todo lo que anda traducido de sus poetas. El único que lo fué de veras, aunque escribiendo en prosa, es el insigne filósofo, astrónomo y médico guadijeño, Abubekeren-Tofail (siglo XII), autor de la novela filosófica que Pococke llamó *El autodidacto*, obra de las más extrañas de la Edad Media. Si á la grandeza de la invención y del pensamiento correspondiesen el desarrollo y el estilo, que desdichadamente, y para el gusto de lectores modernos y occidentales, no corresponden, pocos libros habría en el mundo tan maravillosos como este Robinsón filosófico, en que el protagonista *Hay*, nacido en una isla desierta y amamantado por una gacela, crecido y formado sin trato ni comu-

birol u. s. Dichtungen (Leipzig, 1867). La mayor parte de ellas pueden verse además en el libro del Dr. Miguel Sachs. *Die religiöse Poesie der Juden in Spanien* (Berlín, 1845). El *Keter Malkuth* fué traducido al latín por Francisco Donato (*Poma aurea linguae hebraicae*, Roma, 1618), y al castellano, y muy bien, aunque en prosa, por David Nieto; al francés, por Mardoqueo Ventura, etc.

Las condiciones de este discurso no me consienten detenerme en otros poetas hebreos de menos cuenta, como los dos Ben-Ezras y Moisés-bar-Nachmán, sobre los cuales puede verse á Sachs.

nicación con racionales, va elaborando por sí mismo sus ideas, procediendo de lo particular á lo general, de lo concreto á lo abstracto, del accidente á la sustancia, hasta llegar á la *unidad* y abismarse en ella, y sacar por fruto de todas sus meditaciones el éxtasis de los *sofies* de Persia y el *Nirwana* budhista. El autor, que pertenecía á la secta llamada de los *contempladores*, escribió su libro para resolver el problema de la unión del entendimiento agente con el hombre; pero, á semejanza de su maestro Avempace en la epístola del *Régimen del solitario*, llega á la conclusión mística por vía especulativa¹, por la exaltación de las fuerzas naturales del entendimiento humano, por la espontaneidad racional elevada á la máxima potencia, y no por el escepticismo religioso, que hoy diríamos tradicionalismo, del persa Algazel. «El mundo sensible y el mundo divino (escribe Tofail) son como dos mujeres en un mismo harem: si el dueño prefiere á la una, ha de irritarse forzosamente la otra.» ¿Cómo resolver este dualismo? Aniquilándose, para que lo múltiple se reduzca á la unidad; y mientras la aniquilación no se cumple, prolon-

¹ El lo dice bien claro, á lo menos en la versión latina de Pococke: «*Ad hunc autem gradum pervenitur via scientiae speculativae et disquisitionis cogitativae.*»

gando el éxtasis y la visión por todo género de medios, hasta materiales y groseros, aturdiéndose y mareándose con vueltas á la redonda, para producir el vértigo. «Ponía el solitario toda su contemplación en lo Absoluto, y apartaba de sí todos los impedimentos de las cosas sensibles, y cerraba los ojos y tapiaba los oídos, y con todas sus fuerzas procuraba no pensar más que en lo Uno; y giraba con mucha rapidez, hasta que todo lo sensible se desvanecía, y la fantasía y las demás facultades que tienen instrumentos corpóreos caían en debilidad y abatimiento, alzándose pura y enérgica la acción de su espíritu, hasta percibir el *Ser necesario*¹, la verdadera y gloriosa esencia.»

¿Y habrá quien pretenda que semejante novela pesimista y delirante, ó que la misma *Corona Real* de Gabirol, con ser resplandeciente de luz y de poesía, han influido de un modo directo en

¹ Página 15 de la edición de Pococke: «*Philosophus autodidactus sive Epistola Abi Jaatar, ebn Tofail, de Habi ben Jokdban, in qua ostenditur quomodo ex inferiorum contemplatione ad superiorum notitiam ratio humana ascendere possit. Ex Arabica in latinam linguam versa. Ab Eduardo Pocockio A. M. Aedis Christi Alumno. Oxonii. excudebat H. Hall... 1671.* (De mi biblioteca.) Hay otra edición latina de 1700, tres traducciones inglesas, dos alemanas, una holandesa y una hebrea de Moisés de Narbona, acompañada de un largo comentario, inédito todavía. Vid. Munck, *Mélanges de philosophie arabe et juive*. (Paris, 1859, págs. 410 á 418.) Puede notarse cierta lejana analogía entre el *Autodidacto* y el *Crítico* de Gracián.